

El 26 de enero de 1616 terminó sus trabajos la congregacion, promulgando ciento y un decretos, de los que solos dos, el 13 y el 84, tienen una importancia histórica. Prohíbese por el primero á los Jesuitas el encargarse de los bienes de sus parientes ó de algun extraño, así como tambien el solicitar para ellos empleos ó dignidades, ya eclesiásticos ó civiles, sin obtener una licencia expresa del General; y para atar las manos á este último, le recomienda que no se propase á otorgar semejante permiso sino en casos raros y muy graves.

El tenor de este decreto tiene algun tanto de absoluto y ciertos visos de querer descargar sobre las familias el ostracismo, ó reducir los Jesuitas á que sean unos buenos parientes; pero se propusieron sus autores extinguir de raíz las afecciones domésticas, que en el siglo XVI habian llegado á comprometer el ascendiente que los soberanos Pontífices y el clero merecian por tantos títulos. Los Jesuitas no trataron de censurar la conducta de los demás, ni emplearon expresiones acres para deplorar los resultados del nepotismo, pero hicieron todos los esfuerzos posibles para precaverlos. Y verdaderamente, que semejante prevision en el momento en que un Padre era llamado á dirigir las conciencias de los príncipes y magnates, no carecia de sabiduría y de prevision.

En el segundo decreto enumera la congregacion todas las operaciones que tienen visos de comercio, prohibiendo su uso á los individuos de la Compañía con este solo hecho, y contestando con antelacion á los censores parciales y á las injusticias de cálculo, que quisiesen explicar la grande obra de las misiones por una avidez insaciable de lucro.

Luego que la asamblea hubo tomado sus medidas con respecto al presente y al porvenir, se retiró, dejando al nuevo General la tarea fácil de regularizar el bien. La Compañía de Jesús iba en cambio á observar, que durante un siglo todo sonreiria á sus deseos; que los Pontífices y Reyes la harian su favorita; los ministros su confidente; el espíritu público su directora; que todo, en fin, seria inspirado por ella, y que todo regresaria á ella como á su origen. Nosotros tambien la hemos visto en pugna con las animosidades, con los peligros y con las hostilidades de toda especie; y vencedora siempre de sus antagonistas, émulos y rivales: réstala aun otra carrera mas difícil que correr, la de la prosperidad.

CAPÍTULO XX.

Xogun II, emperador del Japon.—Su política con respecto á los Cristianos y á los Jesuitas.—Suplicio del P. Machado.—Prision de Spínola.—Su interrogatorio.—Horrible calabozo en que fue encerrado con otros religiosos.—Sus cánticos de alegría.—Los Jesuitas japoneses tan valerosos como los europeos.—Crueldades de los ministros de Xogun.—Muerte de los PP. Barretto y Fonseca.—Llegada del P. Borghese.—Los protestantes holandeses é ingleses se unen á los idólatras por espíritu de interés mercantil y de proselitismo luterano.—Martirio del P. Spínola y demás cristianos.—El niño Ignacio y su madre.—Breve de Urbano VIII á los japoneses.—Martirio del P. Angelis.—Persecucion general bajo el imperio de Xogun.—Diego Carvalho y sus cristianos mueren en un estanque helado.—Aconsejan los Protestantes á Xogun que invente nuevos suplicios.—Martirio de los PP. Mateo Couros, Borghese, Acosta y otros varios.—El P. Sebastian Vieira.—Sus trabajos.—El P. Cristóbal Ferreira abjura el cristianismo á vista de los tormentos.—Sale de Roma el P. Mastrilli para arrancarle á la apostasia.—Su muerte.—El P. Rubini se sacrifica como Mastrilli y muere como este.—Ferreira reconoce su cobardia.—Espira en medio de las torturas.—Los protestantes holandeses y anglicanos hacen cerrar á los cristianos la entrada en el Japon.—Los Jesuitas en la China.—El P. Ricci, educado por Valiñani, penetra en la China.—Creencias de los chinos.—Inauguracion de las misiones.—Sus dificultades.—Los Jesuitas conducen los chinos á la fe por medio de la ciencia.—Fervor de los neófitos.—Modérase el P. Ricci.—Toma el traje de los letrados.—Esfuérzase á penetrar en Pekin.—Sospechas de los mandarines.—Funda Ricci la cristiandad de Nankin.—Progresos de la Religion.—Acogimiento favorable que dispensa al Jesuita el emperador Van-Lié.—Adquiérese una nombradía popular.—Convierte á algunos mandarines célebres.—Trata el pueblo á su vez de conocer la nueva ley.—Los PP. Cataneo, Pantoja, Diaz y Longobardi difunden el Evangelio en las provincias.—Celos de los letrados al ver que el pueblo era llamado como ellos al cristianismo.—Háceles comprender Ricci la igualdad evangélica.—Asesinato del P. Martinez en Canton.—Funda Ricci un noviciado en Pekin.—Sus trabajos y su muerte.—Persecucion suscitada en Nankin contra los Jesuitas.—Decreto de extrañamiento contra los Padres y fallecimiento de Van-Lié.—Invasion de los tártaros.—El P. Adan Schall.—Encárgale el Emperador la composicion del calendario.—Hace Schall revocar el decreto de extrañamiento.—Penetran los Dominicos en la China.—Discordias religiosas.—Sus causas y efectos.—Son llamados los tártaros para socorrer al Emperador, y se apoderan del trono.—El P. Faure.—Guerra civil en China.—Los Jesuitas en ambos campamentos.—Los PP. Cofler y Schall.—Conviértese

la Emperatriz al cristianismo.— Su carta al Papa y el P. Boym.— Es vencido Van-Lié.— Dinastía de Tsing.— El emperador Chum-Tchi honra con su amistad al Jesuita Schall.— Llega este á ser su confidente y favorito.— Es nombrado mandarin y presidente de matemáticas.— Muerte de Chum-Tchi.— Persecucion contra los misioneros.— Muerte de Schall.— Prision de los misioneros en Canton.

Mientras la Sociedad de Jesús acababa de entrar en Europa en el apogeo de su ventura, en el Japon se anunciaba esta por medio de las torturas; porque habiéndose visto Xogun á su advenimiento rodeado de tantas atenciones y cuidados, olvidó á los Jesuitas y demás cristianos. Sin embargo, su elevacion al imperio fue una señal de alto para los perseguidores, de reposo para los neófitos, y de consuelo para los Jesuitas, que en este intermedio penetraron en el país en número de treinta y tres, disfrazados de mil maneras distintas. Dotados de esa persistencia de todas las horas, mas admirable aun que la intrepidez, y vencedora tarde ó temprano de los obstáculos mas insuperables, continuaban en la oscuridad la obra que interceptara Daifusama. Pero por mas que evitaban la publicidad cuanto les era posible, no por eso hacian menos eco en el corazon de los bonzos los ataques lanzados por ellos á la idolatría. Los Jesuitas invitaban á seguir su marcha á los demás Institutos, que se decian sus rivales; y arrebatados estos por un celo que solo autoriza la prudencia en los casos desesperados, no queriendo que la luz evangélica permaneciese bajo el celemin, proclamaban en alta voz que era indispensable predicar abiertamente la fe del Crucificado, ó morir confesando la divinidad.

Esparciose en esto la voz en Méjico, de que se habia concluido cierto tratado comercial entre los españoles y Xogun-Sama; asegurándose además, que los japoneses estaban prontos á recibir á todos los misioneros católicos, excepto los Jesuitas. Confiados en este rumor, desembarcaron veinte y cuatro Franciscanos en la isla de Nippon á fines de 1616, despertando con su llegada la cólera del hijo de Daifusama largo tiempo adormecida. Creyendo este Soberano que los misioneros eran emisarios del monarca español y precursores de alguna expedicion europea, después de fulminar un decreto mas conminatorio aun que los de su padre, pronunció sentencia de muerte contra todo japonés que osase albergar á un misionero, extendiéndola á los moradores de las diez

casas inmediatas á la en que ocultasen á un sacerdote. Pero los Jesuitas no necesitaban ser probados; hacia ya largo tiempo que toleraban en el Japon toda especie de privaciones y martirios. Para sostener la fe de los neófitos y calmar la cólera de Xogun, se resignaban á arrastrar una existencia miserable, que terminaba frecuentemente por la tortura: si bien es cierto que algunas veces, á imitacion del gran Atanasio, y tratando de hacerse mas útiles, apelaban á la fuga y se ocultaban. Mas este martirio de cada dia y de cada momento, y que exige quizás mas fuerza moral que el valor que arrostra los tormentos de algunas horas, este martirio prolongado é incesante, fue tambien acusado de cobardía. Los Franciscanos, que no querian limitarse á una vida nómada errando de selva en selva, buscando un asilo en el interior de las cavernas, ó guareciéndose en las malezas de las lagunas, y obedeciendo tal vez al impulso que arrastra á ciertas almas privilegiadas á las acciones brillantes, osaron despreciar los edictos del Emperador. Los pastores se habian hecho imprudentes hasta el heroismo, y la grey no se curó de salvar ni aun las apariencias, dando lugar á que Xogun tratase de tomar una venganza seria del menosprecio con que eran mirados sus mandatos.

Á pesar de que el Emperador no creia oportuno privarse aun del comercio de los portugueses, advirtiendo que en Nangasaki, ciudad neutral donde los Cristianos profesaban libremente su culto, hacian alarde de aquel fervor que no se deja intimidar á vista de las amenazas; ordenó á Sancho, príncipe de Ormura, que se apoderase de todos los misioneros residentes en aquella ciudad; orden que el hijo de Sumitanda se aprestó á ejecutar sin demora alguna. En tanto que este Príncipe, á quien el temor de perder la corona habia hecho de él un apóstata casi á pesar suyo, se ponía en disposicion de cumplimentar las órdenes que le confiaran, los Jesuitas apelaron todos á la fuga, diseminándose en distintas direcciones, á excepcion del P. Juan Machado, que cayendo en poder de los soldados, fue lanzado en un calabozo, en union del franciscano Pedro de la Ascension: el 21 de mayo de 1617 cayeron sus cabezas al filo de la cuchilla. Tres dias después de este acontecimiento, se vió asaltada en sus últimas trincheras la debilidad del príncipe de Ormura por la intrepidez de dos religiosos, Domingo el uno, y Agustino el otro, quienes, á vista del mismo perseguidor, erigieron una capilla, y celebraron en ella el sa-

crificio de la misa; pero no tardaron en expiar su audacia con sus vidas, en union de otros misioneros culpables del mismo valor.

Mientras que el P. Navarro, oculto en una de las grutas del Bungo, hacia de cuando en cuando sus excursiones para corroborar la fe de los catecúmenos, les enseñaba mas léjos el P. Porro el arte de padecer, y contenia su impetuosidad, advirtiéndoles que solo debian entregarse á la tortura cuando la persecucion les obligase á ello. Desde la isla de Niphon, una de las opulentas del imperio, daba abrigo á los PP. Baltasar Torres, Manuel Barretto, Benito Fernandez y Diego Yuqui, Jesuita japonés. Desde aquí se diseminaban por las inmediaciones de Sacai, Ozaca y Meaco; y Yuqui se atrevió á penetrar en el desierto, donde habian sido desterrados algunos príncipes cristianos. El P. Gerónimo de Angelis y el P. Carvalho recorrían, disfrazados de mercaderes, las montañas de Voxuan, consolando á unos, fortificando á otros, y multiplicando do quier el número de prosélitos; porque sabido es que el misterio tiene siempre cierto atractivo irresistible para los corazones. Xogun, que no ignoraba estos progresos, para oponerlos un dique ó erradicarlos de una vez, hizo correr raudales de sangre que inundaron á las capitales de Bungo, Chicungo y Nantago.

El célebre viajero Engelberto Kaempfer, que, á pesar de ser protestante, escribió teniendo á la vista los documentos y notas de los holandeses, atestiguó este entusiasmo, expresándose del modo siguiente: «La mas prolongada persecucion que se menciona en la historia, parece que no ofreció desde luego el resultado que el Gobierno se prometia; pues por mas que, segun las cartas de los Jesuitas, llegase á 20,570 el número de las personas que habian muerto en defensa de la religion cristiana en solo un año; en los siguientes, cuando se habian mandado cerrar todas las iglesias, hicieron 12,000 prosélitos. Los mismós escritores del Japon no niegan que el jóven emperador Fideyoro, muerto en 1616 por su tutor, que se apoderó del trono, habia sido sospechado de católico, y que la mayor parte de los cortesanos, oficiales civiles y militares, hacian profesion del mismo culto. El júbilo con que los recién convertidos toleraban toda clase de torturas, y aun la muerte mas atroz antes que abjurar la religion de su Salvador, no pudo menos de excitar la curiosidad de varios individuos, que estaban ávidos de conocer cuál

«era aquella doctrina que proporcionaba tanta ventura á sus secuaces en el trance de la muerte; pero apenas se les iniciaba en los arcanos de aquella misteriosa ciencia, cuando, inflamados por la persuasion, se resolvieron muchos á abrazarla.» (*Historia del Japon*, tomo II, p. 166).

Queda, pues, que por confesion de dicho autor, sugeto de autoridad ente los herejes, no era ya el fanatismo sino una conviccion íntima, nacida á vista de las torturas, la que producía nuevos discipulos del Crucificado: asesinaban para aniquilar el cristianismo, y la misma sangre derramada parecia fecundarlo.

El alma de todos estos trabajos apostólicos era el P. Spínola, que, oculto en la ciudad de Nangasaki, fue por último encarcelado con el coadjutor Ambrosio Fernandez, cargados de cadenas, y conducidos al tribunal del gobernador. Spínola nada habia hecho para provocar la cólera del Emperador; sin embargo, en el momento en que va á caer sobre su cabeza todo el lleno de la persecucion, conoce que la prudencia que habia recomendado tantas veces debe cesar en presencia de los magistrados; y dotado de una dignidad enérgica, habla sin temor ni recelo: «¿No sabiais, le dice el gobernador, que Xogun-Sama os prohíbe que residais en su imperio? y si lo sabiais ¿por qué rehusais obedecer?» Entonces Spínola haciéndose un arma del respeto con que los japoneses acogen siempre las órdenes del Emperador, contestó: «Tambien yo os lo pregunto á mi vez: ¿qué resolveriais si un rey del Japon os ordenase una cosa enteramente contraria á las instrucciones que os hubiese dado Xogun, soberano de todos los demás? ¿á quién obedeceriais en ese caso? Tal es nuestra posicion: el Soberano del cielo y de la tierra nos ha enviado á este país para que prediquemos el Evangelio; Xogun quiere prohibirnoslo: ¿á cuál de los dos os parece que deberémos someternos?»

Raciocinar con la justicia, que prevenida de antemano se dispone á cometer una iniquidad, es condenarse á sí mismo: Spínola no lo ignoraba; pero no pronunciaba esta defensa tan moderada en las expresiones como convincente en la idea, con el único objeto de que la escuchasen sus jueces; hallábanse presentes algunos cristianos, y se habia propuesto corroborar su fe, reduciendo al silencio á sus acusadores. Reserváronle para un suplicio mas cruel aun que la misma muerte, y le sumieron en un

calabozo horrible, en compañía de otros dos Dominicos, á quienes habian arrestado en el mismo día. Luego que los tres misioneros observaron desde léjos el sitio destinado para servirles de calabozo, entonaron el *Te Deum*, á cuyo cántico de accion de gracias respondieron las voces de los sacerdotes, Dominico el uno, y Franciscano el otro, los que hacia ya mas de un año que yacian en aquella mazmorra; y al escuchar las primeras estrofas del himno ambrosiano, comprendieron que les llegaba una remesa de nuevos hermanos, y quisieron compartir la alegría de su triunfo. El coro formado por los que ingresaban en el cautiverio y por los que habian padecido ya sus torturas, se terminó en el momento mismo en que pudieron todos confundirse en el ósculo de paz.

Los Jesuitas europeos no eran los solos esforzados; habian sabido desarrollar con tan buen éxito la virtud evangélica, que encontraban imitadores, y aun á veces modelos en todas las clases: la segur del verdugo caia incesantemente sobre las cabezas de los neófitos, pero caia sin abatirlos ni aun hacerlos titubear. El Padre Leonardo Kimura fue presentado en 1619 ante el tribunal de Nangasaki. No se sabia que hubiese abrazado el cristianismo, ni por consiguiente que perteneciese á la Sociedad de Jesús; pero le sospechaban de haber ocultado al hijo de Taicosama, y de haber asesinado á un hombre por favorecer al príncipe. Kimura probó su inocencia, y fue puesto en libertad. Iba ya á salir del tribunal, cuando preguntóle el juez si podia indicar el asilo de algun Jesuita: «Conozco uno, dijo el interpelado, y puedo entregarosle.» Al escuchar estas palabras, abraza el juez al delator, y llama á la guardia para que le preste auxilio: «No necesitais incomodaros, continuó el Jesuita, no teneis necesidad de prolongadas pesquisas, de armas ni de soldados: el Jesuita que conozco se halla en vuestra presencia; soy yo.» Y después de tres años consumidos en el cautiverio y santificados por él y sus compañeros, fue quemado vivo con ellos.

Imaginando el gobernador condenar á otros experimentos mas crueles á varios misioneros de diferentes Órdenes que estaban en su poder, con el objeto de intimidar á los demás, inventó este nuevo Falaris japonés una prision de nueva especie: hizola construir sobre una colina que se introducía en el mar, cuidando de disponerla de tal modo que estuviese expuesta á todos los vientos: ancha de sesenta y cuatro pulgadas, y de altura noventa y

seis, formaba un conjunto, cuyas paredes se reducian á una empalizada que no preservaba de los rayos del sol, ni de los rigores del invierno. En el mes de agosto de 1619 fueron lanzados en esa especie de jaula, en la que era imposible sentarse ni estar de pié, los PP. Carlos Spínola y Fernandez, con otros catorce Franciscanos y Dominicos, cuya constancia en las torturas no podia menos de reanimar las de los demás cristianos, y corroborarlos en sus principios. Porque si Xogun habia calculado que esta muerte sin brillo, y entregándolos á todos los horrores del hambre, de la desnudez y putrefaccion, llegaria sin ruido á extinguir su celo; pronto semejante cálculo aumentó el número de los encarcelados: ya no eran solo los misioneros los que se consagraban á este género de tortura; varios japoneses solicitaban el honor de ser agregados á la Sociedad, y siendo admitidos por Spínola, se transformó idealmente en noviciado la jaula de los presos.

Spínola era ya una hermosa presa; pero el gobernador codiciaba otra mas rica: sabia que el P. Mateo de Couros, provincial del Japon, residia en Nangasaki, y tratando de sacrificar á cuántos fuesen sospechados de haberle ofrecido un asilo mas remoto ó mas próximo, sometió el barrio de los cristianos al mas atroz espionaje. Viendo Couros que estas pesquisas podian comprometer á sus neófitos, se colocó en un palanquin descubierto, y atravesó en la mitad del dia los barrios mas populosos de la ciudad, eludiendo con este audaz subterfugio todas las miradas inquisitoriales. Imposible era permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Esta necesidad de proporcionarse un abrigo le impulsó á visitar los puntos mas distantes del centro, haciendo servir al triunfo de la Religion la devoradora actividad á que le condenaban sus perseguidores. En poco tiempo recorrió quince reinos el P. Porro, cuyo ejemplo imitó el P. Angelis; mientras otros, como Barretto y Tonsco, espiraban bajo el peso de sus continuadas fatigas. Cinco Jesuitas habian muerto en 1619, y en 1620 fueron á reemplazarlos seis Padres de los que residian en Macao. Gerónimo de Angelis y Carvalho habian tenido maña para conjurar la tempestad en el principado de Voxuan, y aun habian decidido al Soberano de este país á remitir una embajada cerca del Pontífice y del Monarca español; pero, sabedor Xogun de esta noticia, le amenaza con todo el lleno de su cólera, y el príncipe se resigna á volverse perseguidor.

Viendo el Emperador que no podía intimidar á los Jesuitas, y que, á pesar de los suplicios que les aguardaban, llegaban á introducirse en el imperio, la tomó con los encargados de los buques que los desembarcaban en sus costas, y promulgó la pena capital contra cualquiera capitán ó piloto en quien recayese la sospecha de haberlos conducido. Pero aun no habian transcurrido dos meses desde la publicacion del edicto, cuando penetraron en el país los PP. Manuel Borghese, Camilo Constanzo, Antonio Soza, Miguel Carvalho y Tomás Tzugi, disfrazados unos de comerciantes, y de soldados otros.

Los holandeses é ingleses que, en un interés comun de comercio y proselitismo, se habian hecho auxiliares del Emperador y componian la parte mas activa de su policia, espiaban los buques, los registraban escrupulosamente para ver si ocultaban algun misionero, y terminada la tarea del protestante, daban principio á la del mercader. Era preciso cerrar á toda costa este imperio á los portugueses; y no encontrando otro medio mas á propósito, urdieron los herejes un complot que debian tramar los negociantes de la península Ibérica contra el emperador Xogun; y los mismos que lo habian inventado fueron á descubrirlo. Pero no tardó la iniquidad en darse á sí misma un completo mentís; en el Japon causó desastres incalculables, y los sectarios honrados y probos no se dignaron aceptarla en Europa. Juan Bautista Tavernier, que á la sazón viajaba por las Indias, y que logra la opinion de narrador imparcial, afirma en sus *Viajes*: «Que los mismos holandeses le habian declarado en el Japon, que aquel pretendido complot no era mas que una impostura, forjada con el objeto de suplantar á los portugueses, y monopolizar el comercio en favor suyo.» Es muy precioso sin duda este testimonio del viajero calvinista; aunque no era necesario, atendido que la historia ya desvanece semejante acusacion. No cita un solo nombre de misionero ó Jesuita que haya pensado en sojuzgar al dominio de España ó Portugal aquellas provincias ó reinos que poseian un gobierno regular; ofrecian, sí, á estas coronas aquellas tribus nómadas y abandonadas á sí mismas, que no podian aspirar á otra cosa mejor que á encontrar con la civilizacion un jefe y un apoyo en los reyes, cuya pujanza disfrutaba á la sazón de tan increíble prestigio.

Los holandeses é ingleses fraguaban estas imposturas: inspec-

cionaban las mercancías, tasándolas al precio mas ínfimo; y comprometiendo á importarlas en el país al mismo precio, se les otorgaba la facultad de monopolizarlas. Los Jesuitas eran el blanco eterno de su odio; pero sabian tambien estos frustrar sus planes, así como sustraerse á su persecucion. En falta de Jesuitas, se dirigian los Protestantes contra los otros religiosos. Habiendo comisionado el superior de los Dominicos, Collado, á varios neófitos para que libren al hermano Luis Florez, que en union del P. Agustin de Zúñiga habia sido entregado en poder del Monarca por estos especuladores, conseguido el resultado de tan audaz tentativa, sobrevinieron nuevas calamidades contra los Cristianos. Levantáronse en Nangasaki multitud de hogueras en que expiaron su crimen los autores del raptó; y no satisfecho el verdugo de abrasar carne humana, mandó á las llamas otros veinte y cuatro religiosos existentes en las jaulas de Ormura, el 10 de setiembre de 1622.

Avánzase Spínola á la cabeza de los siete novicios japoneses que habia educado para el cielo, y cuyos nombres eran Pedro Sampo, Gonzalo Fusat, Miguel Xumpo, Antonio Kiuni, Tomás Acafosi, Juan Changoquo y Luis Cavora: el sitio destinado para el suplicio era un promontorio inundado mas de una vez con la sangre de los misioneros, y denominado por los fieles el Monte sagrado: una multitud compacta rodeaba las hogueras destinadas á los sacerdotes europeos; los treinta y un cristianos indígenas que iban á perecer en el mismo día debian ser decapitados: luego que ambos batallones de mártires estuvieron reunidos, el Padre Spínola entonó el *Laudate pueri Dominum*, á que contestaron los sacerdotes y demás cristianos á quienes esperaba la muerte, como tambien aquellos que entre la multitud se honraban con su amistad, parentesco ó constancia, haciendo resonar los aires con sonoros cánticos de alabanzas.

Habiéndole preguntado en cierta ocasion á Mauricio de Nassau cuál era el primer capitán de su siglo, contestó el fundador de la república báltava: «El marqués de Spínola es el segundo.» En el momento en que otro Spínola iba á dar el último combate por su Dios, si se les hubiese aproximado algun holandés á los Católicos, cuando entonaban su himno fúnebre, y les hubiera hecho esta pregunta: «¿Quién es el mas grande de todos estos sacerdotes?» ciertamente que á ninguno de ellos le hubiera inspirado